

Teresa estaba, por desgracia, colocada en la línea que seguía la irritada fiera. Bastárale un ligero movimiento para verse libre de todo peligro; pero ni el espanto le permitió pensar en ello, ni, aun pensándolo, hubiera podido realizarlo. La imaginación de las mujeres es un microscopio que abulta los peligros de una manera fabulosa: una gota de agua suele tomarse por un océano, y además los peligros inesperados tienen el peligro de alterar, siquiera sea por un momento, la calma de los hombres más resueltos. El soldado valeroso entra en fuego con la frente erguida y el corazón sereno; pero en las sorpresas necesita algunos instantes para reponerse del pasajero temor y dar pruebas de su ánimo esforzado. ¿Qué mucho que la bella zagala no acertase á dar un paso al verse frente á frente del furioso animal?

El labriego, más avisado, trepó con la habilidad de una ardilla por el tronco de un árbol, proponiéndose rogar á Dios, desde allí, que salvase la vida... á sus pollinas.

La tía de Teresa quedó sobrecogida de terror.

Todo esto había pasado en un segundo.

El jabalí avanzó hacia Teresa rápido como el pensamiento. La joven cerró los ojos, y se encomendó fervorosamente á su abogado, juzgando que las puertas de la segunda y verdadera vida se abrían ya para ella.

Sin embargo, pasó otro segundo, y, no sintiéndose herida sino por una corriente de aire cálido, se atrevió á mirar en torno suyo, y halló el jabalí á sus pies, palpitante todavía en medio de un lago de sangre.

¡Se había salvado!

Teresa y su tía se abrazaron estrechamente, vertiendo dulces lágrimas, mientras su acompañante acariciaba con la mano y con la palabra á sus pacíficas compañeras.

Aquí llegaban de su expansión nuestros rústicos amigos, cuando se presentó un robusto cazador, perfectamente armado de escopeta y cuchillo. Frisaba su edad en los cincuenta años, aun cuando lo blanco y terso de su semblante y el azul claro de sus ojos, alegres y expresivos, encubrían en parte los estragos del tiempo. Era de noble apostura, amable sonrisa y gracioso andar.

El cazador no reparó al pronto en los campesinos. Llegóse adonde estaba el jabalí y reconoció la herida que había puesto fin á su bravura. Sólo después de satisfecha esta curiosidad, que, según dicen los peritos en la materia, es la que proporciona mayores goces á aficionados á la montería, vió á las dos labradoras abrazadas aún y llorosas, y les dijo:

—¡Qué! Os habéis asustado, muchachas?

Al verse tratadas con tanta familiaridad, tía y sobrina levantaron la cabeza, con el desdén del orgullo ofendido en los labios; mas la primera volvió á ocultarla rápidamente en el seno de la otra, exclamando:

—¡Oh!

—¿Qué habéis visto tía?—preguntó Teresa, alarmada.

—Nada... Vámonos de aquí,—prosiguió su interlocutora en voz baja.

—Pero ¿qué tenéis? Me hacéis temblar.

—Vamos á ser descubiertas si permanecemos aquí un instante más.

—¡Dios mío! Luego ¿conocéis á ese cazador?

—¡Sí! ¡Vámonos!

—Y ¿quién es?

—Es... el hermano de S. M. el Rey; el infante don Luis.

Teresa alzó involuntariamente los ojos, y halló otra mirada, fija, amorosa, acariciadora, de admiración, de gratitud, de júbilo, que buscaba la suya y penetraba en su corazón, y hacía vibrar en su alma una cuerda muda hasta entonces.

Esto es amor: la sombra de un sueño que cobra cuerpo al contacto de la realidad; la mano que hierde un resorte que está en nuestro ser oculto para nosotros mismos; la simpatía de un momento, ó, más bien, el recuerdo de una vida anterior, en que nuestra existencia ha corrido unida á otra existencia, desterrada después, como nosotros, á esta posada de peregrinos. ¡Dichosos mil veces los que la encuentran pura y sin mancha, como cuando la perdieron!

El infante D. Luis pudo, al fin, articular estas palabras:

—Pésame, hermosa zagala, de haberte causado el temor que veo pintado en tu rostro.

—No fué nada, señor,—contestó Teresa, temblando como la hoja en el árbol.

—¿Tan cerca estuviste del jabalí?

—Vino á caer á mis mismos pies.

—Tu belleza le rindió más pronto que mi bala.

—Decid mejor que vuestra bala ha salvado eso que llamáis mi belleza. Á no ser por vos...

—Mira que confiesas que me debes la vida.

—Es verdad.

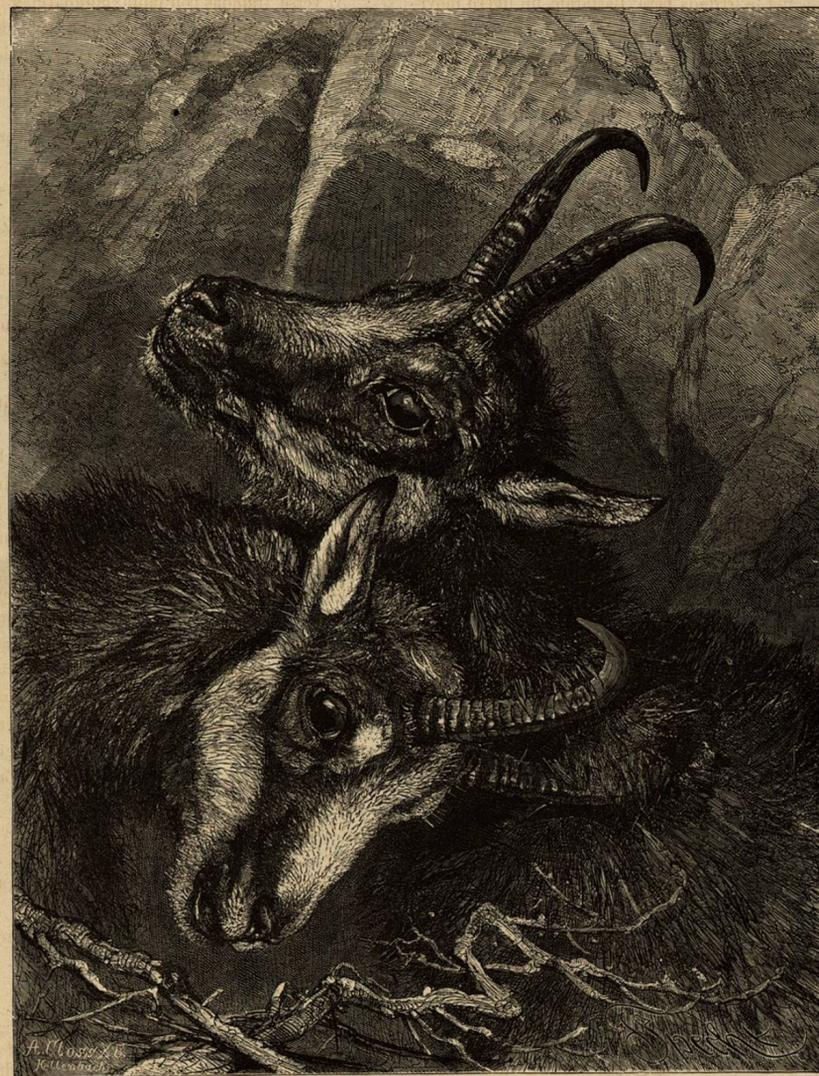
—Y ¿qué me darás en cambio de este servicio?

—Soy pobre, señor.

—¿Tanto como hermosa?

—Más.

—La hermosura siempre es rica.



Gamuzas, por Specht

—La hermosura honrada no.

—Eso consiste en que es avara y todo lo quiere para sí.

—O en que se considera depositaria de un tesoro que debe volver á su dueño tal y como salió de sus manos.

—Mucho se te alcanza de estas cosas para ser lugareña.

—Es que á los que vivimos en... Zamarramala, se nos pega algo de la ciudad.

—Discreta eres.

Un gentilhomme jorobado y dos ó tres personas más

de la servidumbre del Infante, que llegaron á este tiempo, interrumpieron el dialogo, pues D. Luis no se atrevió á seguirle en su presencia.

Teresa y su tía, aprovechando la oportunidad, cabalgaron con presteza, y, sin curarse ya del objeto que allí las había llevado, volvieron á emprender la marcha en la misma dirección en que las vimos al venir.

Al apercebirse el Infante de que Teresa se alejaba, miró los pies de ésta, y de su pecho se escapó un suspiro. Acababa de ver que las medias que calzaba eran de color grana.

Las mujeres de la provincia de Segovia llevan en las medias un pregón de su estado: el color blanco quiere decir *soltera*; el encarnado *casada*, y el azul *viuda*.

Antón, malicioso como la mayor parte de los *paletos*, se alejó cantando:

No son todos cazadores
los que por el monte van:
unos cazan las perdices,
y otros las hijas de Adán.

—Bien haya el venado blanco,— pensó el Infante,— que, por venir en su busca, he tenido esta visión encantadora.

Y, pensativo y luchando con su conciencia, dió orden de tornar al sitio.

IV

El infante D. Luis, hijo de Felipe V y de su segunda mujer Isabel de Farnesio, nació en 1727. Á la edad de diez años fué nombrado administrador de las mitras de Toledo y Sevilla, y creado cardenal con el título de *Santa María della Scala*: Nada más lindo, ni más grotesco al mismo tiempo, que los retratos que se conservan de aquel niño, blanco y rubio como las candelas, vistiendo la púrpura cardenalicia y con el anillo arzobispal en el dedo. Así pasó diez y siete años, y entonces, esto es, á los veintisiete, «conociendo bien,—dice un historiador,—la extensión de los deberes que le imponían la pureza de costumbres y santidad propias del estado eclesiástico, se decidió á hacer renuncia de sus dignidades.»

Vuelto al estado de seglar, permaneció soltero. ¿Por qué causa? No se sabe, pero se sospecha.

Cuando se estableció la ley sálica para la sucesión á la corona, sancionada por las Cortes de Madrid en 1713, se mandó expresamente que el príncipe llamado á suceder la corona de España debía ser nacido en estos reinos. Y como los hijos de Carlos III habían nacido en Nápoles, se supone, con algún fundamento, que el Monarca impidió constantemente el casamiento de su hermano para que los descendientes de éste no pudieran en ningún tiempo suscitar dificultades á los suyos.

D. Luis, tímido por naturaleza, y sumiso, por cariño, á los deseos de su hermano, no se reveló públicamente contra su suerte: sólo en una ocasión tuvo el mal gusto de querer unirse en santo matrimonio con su sobrina la infanta Doña María Teresa, que era fea y contrahecha; pero este capricho se desvaneció en pocos días.

Y, sin embargo, el Infante sufría, en secreto, lo que no es decible. La naturaleza y la conciencia luchaban en él y se disputaban su posesión: la una le hablaba con la voz de las sirenas; la otra con la voz del cristianismo.

¿No es verdad, hembras del siglo XIX, que semejantes luchas eran absurdas sobre ridículas? Por fortuna ya no las conocemos. Vivimos en una sociedad *ilustrada* que no se asusta de pequeñeces.

Por entonces corrían otros tiempos: los hombres tenían, sin duda, sus debilidades; doblaban la cabeza, como nosotros, al blando yugo de las pasiones; pero no hacían un alarde vergonzoso de las miserias á que la raza humana cede y se somete, porque tal es la voluntad del que la creó.

Noches sin sueño, días sin sosiego, frecuentes accesos de melancolía, incertidumbres, deseos, envidia, fueron la vida de D. Luis por espacio de muchos años. Algunas veces, la satisfacción que le causaba la misma grandeza del sacrificio parecía haber destruído en él hasta los gérmenes de toda pasión amorosa; mas el menor incidente venía á despertar sus dormidas esperanzas y á conmover su espíritu. ¡Es tan seductora la idea de la familia á la edad en que empezamos á notar un vacío alrededor nuestro! Con todo, llegó á dominarse en tales términos, que la Corte murmuradora jamás se hubiera acordado del santo de su nombre si la murmuración no se cebase con preferencia en la virtud sólida y modesta. El ángel de las tinieblas niega la luz porque deslumbra sus ojos.

Y era porque D. Luis, entre las infinitas bellezas que tenía ocasión de admirar, á muchas de las cuales



Tomo III.—Caza mayor y menor